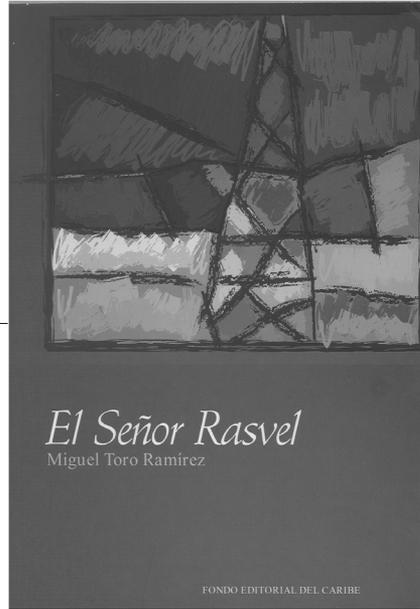

Miguel Toro Ramírez (2005).
El Señor Rasvel.
 Fondo Editorial del Caribe.
 Barcelona, Venezuela.



La otra observación

Parece increíble que una visión del petróleo como la contenida en *El señor Rasvel* esté ya concebida y ejecutada hacia comienzos de los años treinta. El resto de la narrativa de ese tema aparece como en un panorama de dudosa perspectiva, cuando se la compara con las certidumbres y con la eficacia civil de los conflictos que esta novela reúne. Desde la voluntad inquisidora hasta el formato técnico de crónica interior y en espacios cerrados, todo en ella nos habla como de una iluminación, a la cual su autor ha sido llevado con la mansedumbre del prevenido.

Lo que vino después es casi un empeño por negar aquella visión y ha representado el juicio de la literatura que el sentido común ha hecho suyo. Es como si hubiera habido absoluto acuerdo para aceptar que esa representación del espectáculo naciente estaba equivocada; que iba contra la moral y las buenas costumbres. Y el milagro, sin embargo, se había producido al comienzo. Reclamamos de él en una actitud —más que puritana— de perturbación por el escándalo. Aquel esfuerzo de síntesis, de aguda intuición, no fue incorporado a la interpretación que las pasiones colectivas harían de su mayor condicionador. La novela fue ol-

vidada, condenada sin juicio y relegada al depósito de documentos hasta el día de hoy. Ya no pertenece a la dimensión de la crítica literaria y si, en su momento, pudo resultar un objeto curioso para el análisis por sus cuadros rápidos y la eficacia visual; hoy ese objeto debe ser visto con ojos forenses: su alcance, como el de toda obra acabada, excede la dimensión de pura literatura. Explicar su postergación y la abierta sanción al lado de esa otra novelística del petróleo aceptada y, digamos, exitosa en términos de difusión escolar, equivale a dar con pulsiones asentadas en la conducta más estable de una comunidad, elecciones y deseos dominando su proyecto de vida y de un alcance claramente público.

El observador que hay detrás de la novela resulta de gran interés para la perspectiva de la formación del imaginario de la novedad petrolera, orientado casi exclusivamente por ideas de expoliación y rapiña de lo nacional; crisis de costumbres locales e imposibilidad de bienestar ante la riqueza (*El infortunio propio junto a la estupenda suerte ajena*, de Gallegos). Un poco eso que Celeste Olalquiaga acuerda para América Latina cuando dice que “una agotada noción de imperialismo cultural todavía contribuye a mantener las ficciones oficiales de identidad nacional”. Esa sociología de los encarecimientos del alma nacional está desterrada y no para martirizarse, es útil para hablar del medio y de sus complicidades; de-

clinaciones ante lo degradado, pero ostentoso. “Mr. Watson, por sí solo, aparte de ser inglés, no valía nada, pero, como inglés en Sudamérica, poseía los medios para elevarse al menor esfuerzo”. Lapidario, expulsa los complejos de inferioridad de racistas y resentidos y trae a la discusión responsabilidades para ser discutidas.

El punto de partida de Toro Ramírez, entonces, es el recelo de los valores de este cuadro. Sospechar del sentido común parece ser su determinación, se alejaba de las convenciones y el criollismo siempre redivivo, pero las consecuencias de ese instinto también suministraban los insumos de una manera cosmopolita de ascendencia intelectual en el examen artístico del fenómeno petrolero. Hay un personaje que asombra y se asombra a sí mismo de su propia conducta que no creía posible. La honradez existe para perderla, virtud fuera de lugar en el marco de unas relaciones sin acuerdos estables, sin más freno que el temor o el titilante escozor. “Nunca se creyó que fuese capaz de semejante audacia, ya que en los puestos que anteriormente había desempeñado mostrose de una honradez acrisolada”.

Los formulismos y el gusto por el protocolo —tan caros a las sociedades de fachada, subsidiadas—, resaltan a lo largo de la novela menos como denuncia que como sarcasmo. Las reglas cumplidas y la legalidad de redentores y saqueadores, como los ciudadanos de cédula

de identidad y registro electoral, sólo sirven para estimular peligrosas vanidades. Esas ansias de prestigio que Simón Alberto Consalvi, por ejemplo, ha descrito en su ensayo "Los mitos de la política exterior venezolana" (1993). "Los libros revisados estaban perfectos. No hay libros más perfectos que los que encierran una contabilidad errónea. En ellos no existe el menor borrón y se llevaba asiento hasta de fracciones de centavo, con tres decimales". Ese capítulo titulado *Las pequeñas economías -según el criterio de Mister Watson- hacen la seguridad de las grandes empresas*, nos recuerda esa prédica de la austeridad consagrada en frases como aquella de "administrar la abundancia con criterio de escasez"; también cierta mentirilla moral de hoy para amonestar a los funcionarios y que conserven su cacharrito y eviten la ostentación, se trata, pues, de simular.

Se puede ser ineficiente y derrochador, pero basta con advertir públicamente su inconveniencia para purificarse y santificar a la sociedad. Alguien nota cómo sube la factura del material usado para limpiarse las manos de tinta y aceite, y no es poca ironía que esas manchadas manos causen el escándalo, *tinta y aceite*, pero no estigma como en el personaje de *Mancha de aceite* —la novela de Uribe Piedrahita—, patético pidiendo un balde para vomitar el petróleo venenoso tragado. Y esas "pequeñas economías" hacen el espectáculo de los pedago-

gos, mientras en el telón de fondo —y así ocurre en la novela— discute el fraude, abierto robo de las arcas, se encarece la austeridad, pero los jefes desangran la empresa: la doble moral del bien público. ¿Ironía o presión del estilo? No lo sabemos, pero Toro Ramírez no se queda para responder. "Los unos trabajan con tinta, los otros con aceite. Ambas cosas ensucian las manos". Sólo dos líneas, no hay allí el menor eco condenatorio, casi llenas de candor y salvadas, sin interpretación posible.

Y no resultaba poca cosa este desparpajo ordenador, proponer otra mirada, diferente a la de la tierra reductora y a la de sus símbolos humanos nutridos de lo plañidero y de la pobreza legitimadora. Suponía reclamar para el espectáculo configurador no sólo otros modelos sino otras responsabilidades; sobre todo, aquellas vinculadas a la función del pensamiento y a sus hermenéuticas. Autores como Gustavo Luis Carrera han exigido para la crónica de esta narrativa una actitud comprometida, aunque aquel compromiso sólo llegaba hasta el reclamo clasista y, a veces, panfletario.

Lo notable de esta novela es, justamente, su compromiso con una dimensión más general de la sociedad, la de su responsabilidad en el escenario más estable del equilibrio societario, por encima de las pugnas del día y del ruidoso conflicto de expolio e identidad. Ahondar en una perspectiva no sólo poco popular sino antipopular por el tono

ajeno a la demagogia y el desenfado de los tipos humanos. Para Rasvel no hay nada vedado, ni reputaciones ni fortunas. Seduce a gerentes y a empleadillos de la contabilidad, pero también a señoras casadas ansiosas de dejar una vida de estrecheces, sólo se trata de acordar las reglas del juego. Engaña y es engañado pero, al final, siempre espera la conciliación con un mundo normal en su ausencia de referencias absolutas. “Había destruido el hogar y el honor de Delmar porque ambas cosas podían destruirse... Si por el contrario resistían sus embates, que vivieran entonces como merecían; que vivieran en la miseria o en la abundancia, pero heridos siempre por su ironía mordaz de hombre que no cree en nada...”.

Maestro supremo de la ironía, Toro Ramírez ejecuta una fotografía a distancia y ella sólo retiene tendencias y se desvanecen las contingencias. Está más cerca del Miguel Eduardo Pardo, de *Todo un pueblo* (1899), y más bien lejos de su casi inmediata *Mene* (1936). Y, sin embargo, la contemporaneidad que retiene viene de aquella otra, filiaciones y afinidades están dadas, así, menos por el espectáculo de las masas y el anecdotario de la patria sojuzgada que por los antecedentes del colectivo reincidente. Con algún esfuerzo pudiera reconocerse en el conjunto de personajes de esa oficina donde evoluciona toda la acción de la novela, los tipos de la sociedad villabravense de cuarenta años atrás, la índole moral y sus perfiles

civiles son una transparente y lógica metamorfosis.

Si todo el resto de la narrativa del petróleo se ocupa del impacto petrolero aislándolo de la continuidad cultural, *El Señor Rasvel* va directamente al escenario previo, lo dado; proponer desde lo conocido era construir una escenografía para situar la novedad. Así, ésta podía ser captada desde una interacción y liberaba al observador en la medida de su propia atadura, pero aislar el impacto suponía, de alguna manera, magnificarlo, hacerlo superior o desdeñarlo desde un fondo de desprecio.

En realidad, no hemos sido injustos con esta novela, tampoco se la ha pospuesto; simplemente su estatuto en una ideología moral de la literatura venezolana corresponde a un acuerdo, a un juicio canónico exclusor. Está donde debe estar, aunque no ciertamente donde debería. Si una civilización elige, con relativa eficacia, el conjunto de sus obras representativas; una comunidad cuyos intereses inmediatos pueden ser identificados en la conducta del día, sanciona mediante un mecanismo más directo: tacha, borra. Al fijar en un ejercicio argumental aquellas debilidades que no escandalizan —pero negadas por el protocolo como incorrectas—, la obra de arte se hace reo de una comunidad lo suficientemente estrecha y provinciana como para no querer saber lo que es. Tal vez Toro Ramírez no era consciente de su irreverencia y sólo apelaba a su in-

tuición civil, pero para desgracia de toda la narrativa del petróleo que vino después, mostró un mundo y lo expuso a la vindicta pública, digamos. Definió un catálogo para la exploración y lo hizo sin piedad, y advirtiendo a los distraídos.

Por esas razones una novela como *El señor Rasvel*, ha permanecido sepultada en la sección de libros raros de la Biblioteca Nacional durante setenta años. Leerla y esconderla diligentemente debió ser un sólo acto. Las reediciones de *Mene* se suceden, pues ella es como una especie de mártir que debe esperar la muerte del gamonal censor para ir a la imprenta tras ganar un premio el año anterior a su publicación. No era para menos, mostraba la vida novedosa del hacer petrolero desde una perspectiva ajena a cualquier conciliación criollista, a todo dolido nacionalismo. *El señor Rasvel* debía quedar desplazada del alcance de los lectores. Además, nadie iba a entender aquella historia paralela de un país de sujetos agudos, pero venales cuando todos estaban encareciendo las bondades del campo deprimido y doliéndose de las tradiciones laceradas por el nuevo orden, y ya el tipo duro del gringo insolente estaba canonizado. *Mene*, en cambio, interpretaba los sucesos del día desde una valoración previsible y exitosa. En primer plano, los desconcertados que debían ser amparados hasta el tutelaje; en el fondo, el lamento sempiterno de la criatura impávida en el primer día de la creación y que se me ocurre

sinéptico en la conocida gaita de Ricardo Aguirre: "Maracaibo marginada y sin un real".

La trama de aquella novela no sólo pone en aprietos la imagen de lo nacional puro y justo, y lo extranjero codicioso y corruptor, sino que Toro Ramírez descubre —como lo haría un fino cirujano— el delicado tejido de fondo, los paradigmas de un conjunto de nociones que ya estaban formándose en el imaginario social, listas para sustentar la eficacia de un modelo para las próximas generaciones.. Riqueza, bienestar, seguridad son, todas, categorías alimentadas por un extraño concepto del dinero que hace de éste un agente gestor. Atesorar será la expectativa de una sociedad dispuesta a entender el perjuicio sólo como la fricción con los intereses del otro, y en la cual el entorno no existe como continuidad de una heredad mayor. De la abismal disección de la novela podemos espigar elaboraciones como aquella de lo que es robar. "¿Comprende usted? Esta es la base de todo y eso no es robar. Robar es quitarle lo necesario a un pobre. ¿No lo cree usted? Uno no puede ser tan tonto. *Aprovechar sin perjudicar*. El día que usted tenga ese credo será un hombre feliz". O esa *mea culpa* del propio Rasvel, cuando decide retirarse. La enmienda supone sólo su propia contención: que los demás sigan pecando para mejor enaltecer su nueva condición. Es el festín de los avisados, de los hombres de olfato para los negocios, estén en un Ministerio o en la modorra

del sector terciario, denominación de la economía para signar la compraventa. Prisioneros de una felicidad pervertida, cuando aparece en ellos un asomo de *mea culpa* y deciden retirarse a la sombra de lo amasado, uno de ellos dice, en el colmo del realismo: “-Esto es como un cáncer: no tiene remedio”. El bienestar como fruto de la complicidad, la solidaridad de los pillos que terminan siendo tipos simpáticos de la comunidad sin nada que objetar. Pero es, también, el espectáculo pasivo de quienes observan desde la sombra, aquellos melancólicos de lo que ni siquiera han imaginado, los denunciadore del bienestar que no llega y que harán suya la tesis del *petróleo perverso*, reflujo del sentido común para explicar el fracaso y que por ahora termina justificando a una clase dirigente.

Repaso las páginas de esta novela y me pregunto quién es este Miguel Toro Ramírez, de dónde salió, cómo podía estar viendo con tal desenfado el país del futuro en su precisa configuración. Admira su capacidad de situar valores y tendencias vistas en su efecto moldeador de un carácter. Frente a la observación de campo abierto, dominada por una querrela dolida, pero falsa, de *Mene*, Toro Ramírez despliega la potencia de los espacios interiores de una intimidad en la cual unos temperamentos discurren desde lo visceral y como fuera de observación, superando el cliché de lo nacional idílico y lo extranjero acechante.

Oficina *vs.* campo abierto, ahí pudiera estar la clave de la sola observación; la de la articulación, tal vez esté en una buena dosis de recepción y en dar la espalda a las vehemencias que encontramos en un autor como Luis Britto García, quien se propuso demostrar que, a lo largo de su existencia, el pueblo venezolano había sido infamado, disminuido por nuestra novelística y eso lo había hecho temeroso, apocado. El mismo escritor —mediante un curioso malabarismo— diagnosticó la llamada *viveza criolla* como “inteligencia adaptable”, en un afán de presentar como virtud lo que no es sino un inconveniente para la vida ciudadana. En su incontestable ensayo “El mal de la viveza”, Uslar descubre esta “adaptación” democráticamente distribuida en todas las capas sociales; el autor de la redefinición, sin embargo, parece haber buceado en los vicios de una sola de estas capas y se apresuró a santificar aquella práctica como suya exclusiva, cuando en realidad es el baldón de un gentilicio.

Al romper con el maniqueísmo de la bondad nacional y la codicia extranjera *El señor Rasvel*, en cambio, se hacía reo de extrañamiento, contradecía sin tesis y hasta burlonamente el adanismo truculento sobre el que los dirigentes de la era de las masas habían forjado su capital.

“Independientemente del juicio literario, la importancia de la novela de Toro Ramírez es sociológica-

mente crucial: su personaje es el pícaro nacional, ese venezolano ladino...". Esta impresión de María Pérez Schael parece concluyente para efectos de una valoración comparativa. El adverbio *crucial* no puede ser más admonitorio; dirime, obliga a encarar las consecuencias de un guión casi ajeno a la voluntad del novelista y, como no está escrito en ninguna parte, aquéllas se imponen sin guía, sin censor. El personaje es un adelantado de los buenos negocios, embauca y hasta corrompe al gerente inglés bonachón, mostrando cómo cuando el criollo es agudo y moderno, esa distinción sólo le sirve para la astucia y las pillerías. Un mundo de venalidades y avaricia, de acumulación rápida de caudales, discurre entre oficinas de compañías anónimas y personajes enajenados. Con valentía, este autor muestra el jolgorio de unas maneras que están fundándose.

La comparación de la topología misma de ambas novelas resulta inquietante; mientras una (*Mene*) transcurre en un espacio abierto y de continuidad lineal, plena de ruido y acción enfática, la otra está ensamblada en un espacio sin relieves físicos. Las voces son pocas, pero articulan la urdimbre de lo presente, escasean las imágenes y domina la fascinación de oír. Todo ocurre en una oficina y los ecos de la ciudad exterior son traídos por la experiencia de los personajes, salen pero parece como si nunca dejaran aquel lugar autónomo y dimensional. La condición inestable de todo

aquello sustraído de la confrontación con el futuro, los negocios públicos o privados como instancia de la representación, por ejemplo, muestran los peores vicios de la sociedad sin sentido de permanencia.

Cuán útil hubiera sido para el país haber elegido esta novela como espejo de sus pasiones y no, por ejemplo, aquella otra, *Mene*. Ésta fue una elección de fe, en ella se hizo reposar todo el peso de una conciencia escindida; la otra significaba el recordatorio permanente de las tendencias más irresponsables de una comunidad, su momento de minoridad cívica, de entronización de las conductas gregarias. Lapidaria, señalaba en dirección de una incapacidad para poner la virtud en función de una seguridad mayor, el escenario real de los tropiezos que debían ser reconocidos para la enmienda. "Era venezolano rancio, pero sin idea de patria. La patria es tierra, únicamente tierra, planeta dividido en parcelas...". Se ha dado con un arquetipo fiel, y su caracterización se hace emblema de una crisis de ciudadanía, parece aclarar el panorama de unos hombres que no viven sino de pulsiones. El realismo de Rasvel debía ocultarse, pues se lo exponía como rasgo de la *gens* y no como caprichosa villanía que sólo alcanza a quien la ejerce, tal y como ocurre con el Joseíto Ubert de *Mene*. Sin embargo, y respecto a este último, los novelistas parecían ser, al menos, malos historiadores, la saga de las concesiones petroleras está llena de aprovechadores y

oportunistas, desde los días de la "Nueva York and Bermúdez Company" hasta los Aranguren y Valladares; más atrás, hay una genealogía verdaderamente rancia, el *casaleonismo*. Júntesele con la indiferencia civil en una comunidad sin emociones ni sentido de la heredad y tendremos un panorama siniestro.

Rompiendo con todos los maniqueísmos y como un acto de fuerza, surge desde un espacio dimensional el peso de esta novela. La breve escritura anterior del tema no hacía prever esos tipos cínicos de oficinas y vidas dominadas por la codicia personal de esta obra contraeleccionadora, y prácticamente con ella desaparecen. Corresponden a una gestión de adelantado, a una observación oblicua y francamente risueña. Roto para siempre el esquema de la candidez nacional y de la perversidad del extraño, en ella los juicios políticos y aún la valoración de una cultura deben hacer una pausa para darse de frente con el fin de la arcadía y de la comunidad acechada. De todos modos, ese arquetipo del gerente rubio hecho instrumento de una inteligencia codiciosa criolla no prosperará en el plan moral de una literatura que adelanta juicios y está ya orientada por razones sentimentales.

El caso de *El señor Rasvel* es, pues, paradigmático. Podría ser la antinovela del petróleo ya que, en un esquema de valoración antimaniquea, rompe con el enfoque de lo idílico nacional y lo decadente ex-

tranjero. Encara la transformación como una dinámica más autónoma, y se permite la construcción de tipos humanos verosímiles, libres en su aptitud para asimilar la nueva experiencia en su carga íntima. Pero, sobre todo, liberan el prospecto de país de los clisés que impiden ver la verdadera voluntad obrando sobre el futuro. Lo nacional inficionado ya no es un acto de degradación de lo virtuoso por el mal exterior, sino una consecuencia de las nuevas formas de organización del poder. Es la vida orgánica haciendo su propio espacio y mostrando, para bien o para mal, unas elecciones.

"*El señor Rasvel* posee importante significación en el desarrollo del tema del petróleo en la novela venezolana. Y ello a pesar de que no se concentra en el asunto en cuestión". Cuán reveladora es esta afirmación asentada en *La novela del petróleo en Venezuela*, de Gustavo Luis Carrera. Cree partir de una constatación y termina siendo un juicio de amplias consecuencias sobre la personalidad del tema. Esta novela es, en puridad, la primera y, tal vez la única cuya acción resulta implícitamente deducible desde el universo cultural del petróleo. Al discurrir en su totalidad en oficinas o en espacios cerrados crea un equívoco o, al menos, confusión sobre un tema asociado al espectáculo callejero, al discurrir de grupos ruidosos en contrapunto de voces legitimándose entre sí y mediados por un paisaje *ad hoc*: máquinas y naturaleza. Cuan-

do estos elementos faltan, cunde el desconcierto y novelistas y público parecen mirarse a la cara. Desde los papeles que firman los gerentes hasta el perfume que Rasvel se pone cuando va a visitar a sus amantes, todo rezuma el olor del petróleo. El bullir del local —que uno adivina estrecho y, tal vez, incó-

modo— transparenta el alma de los confiados en la redención. Ésta tendrá su escenografía precisa no en el fresco abierto de una épica de masas, sino en la gestión sibilina de unos grupos confidentes del Estado.

Miguel Ángel Campos
(Universidad del Zulia)